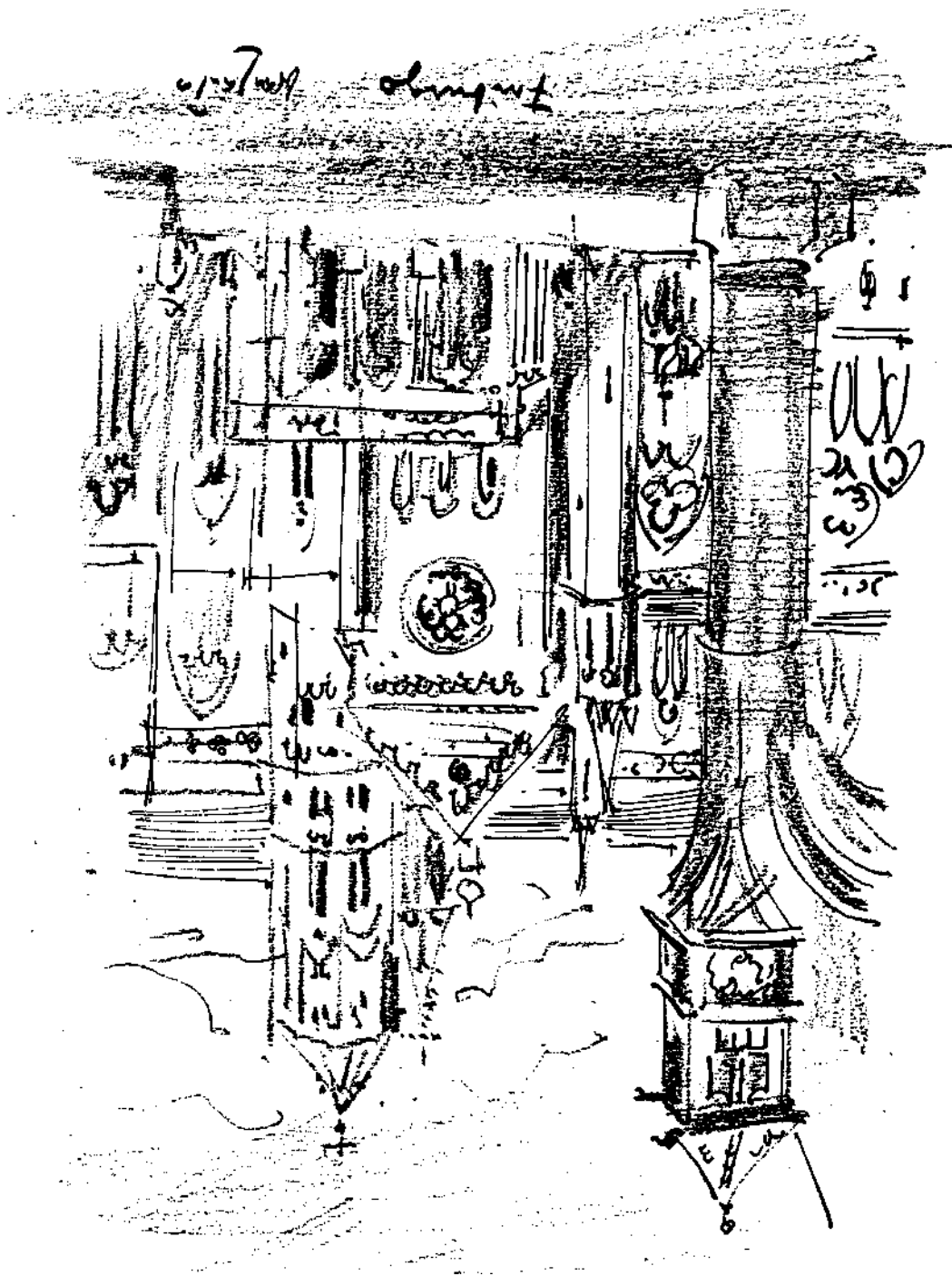




La vida en la ciudad: una forma elegida o impuesta

AMANDO
DE MIGUEL

Es un hecho que cada vez hay una mayor proporción de habitantes que viven en ciudades y en grandes ciudades. La pregunta es si esa tendencia no tiene un fin previsto, si va a continuar indefinidamente, por lo menos a escala de una biografía humana. Pues no. El proceso de urbanización es general, pero no es inevitable, ni rectilíneo, ni resistente a inflexiones, retrocesos.

Ya se vio hace algunos decenios que en Estados Unidos el proceso urbanizador se contenía más de lo esperado. Dejaban de crecer las áreas metropolitanas septentrionales, las de mayor solera, y se expandían otras nuevas metrópolis en el soleado Sur. Más que las ciudades populosas, lo que empezaba a crecer eran ciertas pequeñas zonas residenciales relativamente próximas a las grandes urbes. Desde luego, no acaba de constituirse una inmensa ciudad que abarque todo el territorio nacional. Hay como un renovado gusto de «frontera» por habitar espacios poco poblados.

Como en tantos otros procesos de cambio, este mismo del influjo desurbanizador llega a España. Ciertamente es que en los últimos lustros ha seguido creciendo el tamaño de las grandes zonas metropolitanas, pero también es verdad que a menor ritmo que en los años 60, los del intenso desarrollo económico. La crisis y posterior adaptación ha traído un reajuste de la población sobre el territorio. Ha crecido más Madrid que Barcelona, más Alicante que Bilbao, en general más las ciudades marítimas que las del interior, las del Sur más que las del Norte, las mediterráneas más que las atlánticas. En el caso de las zonas metropolitanas más populosas se ha iniciado el fenómeno de la «suburbanización», la huida del centro y el pacífico asentamiento de los alrededores. Los cascos urbanos tampoco se han vaciado de residentes: han llegado otros nuevos, familias sin matrimonios, hogares sin hijos. En realidad, la trama urbana se ha hecho más compleja. La médula de lo urbano es precisamente la complejidad.

En el período 1970-1989, los tres grandes centros de industrialización histórica -los municipios de Barcelona, Bilbao y Madrid- pierden población, se saturan. Las ciudades que más crecen son, por este orden: Vigo, Vitoria, Málaga, Alicante, Valladolid, Gijón, Las Palmas, Granada, Palma de Mallorca y Murcia. Se puede apreciar que son núcleos muy distantes

entre sí, lo que indica que se está produciendo una notable desconcentración del sistema de ciudades, tradicionalmente polarizado en los vértices del triángulo Madrid-Barcelona-Bilbao. Esas grandes ciudades más expansivas en el período 1970-89 son más bien de servicios. En esos municipios destacan algunas de estas instituciones: grandes almacenes, universidad, puerto, aeropuerto, capitalidad autonómica. Un dato más concreto: El Corte Inglés tiene sucursales en algunas de estas ciudades más expansivas y en muy pocas más.

Cuando se habla de volumen o de densidad de población no se subraya algo que parece obvio: que nos referimos a la población que pernocta regularmente. No contamos la población transeúnte, que se aloja en los establecimientos hoteleros, y sobre todo no tenemos en cuenta que muchas de las personas, que residen (o mejor duermen) en unas zonas, trabajan, estudian, compran o se divierten en otras. Quizá el carácter verdaderamente urbano lo da el hecho de que en ciertos distritos del plano de la ciudad se mueve por el día mucha más gente de la que mora en ellos. La densidad del epítome

«El proceso de urbanización es general, pero no es inevitable, ni rectilíneo, ni resistente a inflexiones o retrocesos. La trama urbana se ha hecho mucho más compleja.»

metropolitano de Madrid, el complejo AZCA, durante la jornada laboral, es la más alta de España; es una densidad de portaaviones o de zoco oriental, pero en los días de asueto o en las horas nocturnas la densidad de población disminuye hasta el límite de una aldea. Al igual que en ésta, los habitantes nocturnos de AZCA son casi todos de la misma ocupación, en este caso vigilantes, como agricultores pueden ser los aldeanos. Sería irónico comprobar que muchos de esos vigilantes se criaron en pequeños pueblos. En ese caso habrían hecho un largo recorrido para volver a la otra «aldea», aunque tome ésta la forma de una inmensa colmena de cemento, acero

y cristal.

En una sociedad tradicional -a estos efectos la española hasta hace bien poco- estaba muy clara la diferencia entre la ciudad y el campo, el modo de vida urbano y el rural. La distinción no siempre marcaba el punto positivo o deseable en el polo urbano. Hace un siglo la mortalidad en algunas ciudades (Madrid, por ejemplo) era bastante superior a la de las zonas rurales. Como recuerdo de la obra clásica, la llegada de la recurrente epidemia significaba que los urbanícelas se iban una temporada al campo más salútfiero. Con el tiempo, la relación se invierte. En estos momentos es más conveniente para la salud la vida en la ciudad, a pesar de la contaminación, el ruido y otras pestes urbanas. La razón es muy simple: las enfermedades infecciosas eran las típicas de una población densa, hacinada, pero estas enfermedades han perdido virulencia. Las primeras causas de muerte dependen ahora de la facilidad de acceso a los servicios médicos u hospitalarios. Es claro que esa mayor probabilidad está en las grandes ciudades, a pesar también del aparente caos del tráfico. Hay que reiterar la clásica distinción entre lo urbano como densidad de población y como modo de vida de esa población. Por el criterio más elemental de la densidad resulta que la sociedad española se ha caracterizado tradicionalmente por unos altos niveles de urbanización, sobre todo en el Sur. Hay en España grandes pueblos, ciudades populosas a veces, con un plano centenario y aun milenario. Ahora bien, en un segundo paso más

exigente, lo urbano es más bien un carácter de esos habitantes que viven en proximidad, con altas densidades. Ese carácter viene marcado por la complejidad. Lo urbano sería así lo más complejo y diverso, frente a la simplicidad de lo rústico o rural. Con este segundo criterio más estricto ya no se puede concluir que España haya sido un país sobreurbanizado, como se podría deducir con el primer criterio de la condensación de población en determinados lugares. Los grandes pueblos del Sur serían más bien pobla-chones. Sus habitantes viven próximos, sobre una malla urbana en lo físico, pero con escasa variedad de dedicaciones, con poca movilidad residencial. En realidad, más que ciudades, algunas del Sur español serían más bien agrociudades.

La anterior distinción nos permite interpretar la discusión de si en los últimos lustros ha seguido o no con el mismo rigor que antes el proceso urbanizador. Ha habido un punto de inflexión por el primer criterio (la densidad de algunas aglomeraciones urbanas), pero ha continuado a buen ritmo por el segundo. Es decir, no se han saturado las grandes ciudades, pero los habitantes de muchos núcleos de tamaño modesto o intermedio han pasado a una vida más compleja y móvil, precisamente la que distingue al modo de vida urbano. Uno de los grandes enigmas de la vida actual es por qué tanta gente se queja de lo incómodas y agobiantes que son las ciudades cuando esas mismas personas insisten en vivir en el medio urbano que tantas quejas genera. La solución del misterio no está sólo en que la ciudad es un mal necesario. Es algo más. La ciudad permite realizar los deseos de la mayor parte de las biografías. Tan alta es esa posibilidad que se paga con gusto el precio de la congestión, como en los burgos antiguos los ciudadanos pagaban el oportuno portazgo que les permitía acceder al recinto amurallado. Más tarde

y hasta casi nuestros días muchas ciudades tenían los fielatos o casillas para pagar la contribución de consumos por entrar en la ciudad con mercancías. La ciudad es sobre todo una prodigiosa división del trabajo, o mejor, multiplicación del trabajo por la cual uno puede encontrar, en el trayecto diario, el máximo deseable de oportunidades para comprar y vender, para toda suerte de intercambios, laborales, educativos, recreativos, amorosos. Nos quejamos en la ciudad de que no tenemos tiempo para nada, pero es porque intentamos desplegar demasiadas actividades con nuestro tiempo, que, por tanto, resulta escaso,

En los últimos lustros asistimos en España a un enfriamiento de la circulación emigratoria. Ya no es preciso moverse tanto de lugar para encontrar trabajo, para estudiar. La movilidad geográfica es más barata hoy que nunca (en tiempo y en dinero), pero no hay un progreso proporcionado en la realización de los traslados. El hecho es que la proporción de forasteros en las ciudades españolas ha llegado a un punto de saturación. El cosmopolitismo habría que buscarlo hoy en otros indicadores: la proporción de vecinos que sale de viaje de negocios o de ocio, la importación de estímulos culturales, la frecuencia de la comunicación con el exterior (llamadas telefónicas, objetos postales). Se podría pensar que esa continuada disposición a salir fuera del recinto urbano tiene algo de simbólica huida, de expresión de la insatisfacción con el modo de vida urbano, que aparece así como impuesto.

«En una sociedad tradicional estaba muy clara la diferencia entre la ciudad y el campo. La distinción no siempre marcaba el punto positivo o deseable en el polo urbano.»



«Lo urbano sería lo más complejo y diverso, frente a la simplicidad de lo rústico. Con este criterio no se puede concluir que España hay a sido un país sobreurbanizado.»

¿Por qué la vida urbana genera tantas quejas? Porque es la manifestación más clara de la complejidad, de la diversidad. Muchas personas, los intelectuales sobre todo, sienten pavor de lo complejo. Se añora la vida simplicísima del pasado rural o de las ciudades tranquilas y peatonales del pasado. Es cierto que el tráfico urbano ocasiona múltiples accidentes, pero, en proporción al número de vehículos, los accidentes menudean más hace medio siglo y de hecho son hoy más aparatosos en las capitales de los países pobres. Sobre la «inseguridad ciudadana» habría mucho que hablar. En las recoletas ciudades

de nuestros bisabuelos tampoco era muy seguro salir de noche. Si resucitaran esos próximos antepasados, se maravillarían de los escasísimos latrocinios que tienen lugar hoy en el despacho de equipajes de los aeropuertos. Hace un siglo no se necesitaba el pretexto de las drogas para que corriera la sangre, más que ahora, en las peleas callejeras o camineras. La imagen de las tranquilas ciudades obispales del inmediato pasado no es más que una romántica idealización. No hay más que recordar el hambre que literalmente pasaban los modestos burgueses de antaño. Como se verá, si la ciudad llega a ser como un organismo vivo, con sus propias leyes de evolución, sus habitantes no tienen muchas opciones. Hay una, desde luego, que no les es dada. Las ciudades no van a desaparecer, no es posible que la vida civilizada se organice en núcleos de tamaño medio. Podrán crecer unos municipios más que otros, asistiremos a un cierto proceso desurbanizador (o mejor, suburbanizador), pero no se realizará nunca el sueño romántico de la vuelta masiva al espacio rural. Civilización viene de ciudad.